

HOMILIA DEL XX DOMINGO ORDINARIO - 2011

CICLO “A”

Pensemos “en tantos hermanos y hermanas que en estos días, en el Cuerno de África, sufren las dramáticas consecuencias de la carestía, agravadas por la guerra y la falta de instituciones sólidas. No podemos quedar indiferentes ante la tragedia de los que sufren hambre y sed. Nos impulsa a darles de comer, a compartir el pan con los necesitados. Siguiendo a Cristo, debemos ser sensibles a la pobreza de los pueblos”. (Benedicto XVI. Ángelus. 31-VII-2011).

1.- Lecturas

* **El Profeta Isaías 56, 1. 6-7.** La salvación divina no es propiedad exclusiva del pueblo de Israel sino que está destinada a todos los pueblos de la tierra; también a nosotros. Abramos el corazón a Dios que nos salva por puro amor y gracia.

* **Salmo Responsorial 66.** ¡Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben!. Unámonos a todos los pueblos de la tierra para glorificar al Padre por Cristo en el Espíritu Santo por las maravillas de la creación y de la salvación que hace con todos.

* **Carta de san Pablo a los Romanos 11, 13-15. 29-32.** Los dones y la llamada de Dios son irrevocables para Israel. Dios ha dicho SI a sus promesas salvadoras y las mantiene siempre. San Pablo da a conocer a los gentiles que todos los hombres están llamados a la salvación. Podemos fiarnos de Dios y poner en Él nuestra esperanza para siempre.

* **Evangelio según san Mateo 15, 21-28.** La salvación de Dios sobrepasa las fronteras del pueblo elegido, Israel, y se abre a toda la humanidad. La mujer cananea pide con humildad a Jesús la curación de su hija. Jesús le dice: ¡Mujer, qué grande es tu fe; que suceda como deseas! Jesús escucha nuestra plegaria con profundo amor y nos atiende.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Dios quiere que todos los hombres se salven

Este es el mensaje central de este domingo. Esta es la buena noticia que debemos compartir y comunicar a todos los seres humanos. Dios no nos ha destinado para la condenación sino para la salvación. Dios no se cansa de llamarnos e invitarnos a la conversión. Dios es nuestro Padre y no quiere que ninguno de sus hijos, - tampoco tú - se pierda y se condene para siempre.

2.2.- Dios ha enviado a su Hijo al mundo para salvarnos

Nos dice san Juan que “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn.3,18). ¡Qué maravilla de la gracia divina! Dios no se contenta con salvarnos desde arriba, desde el cielo, con un simple gesto de su voluntad -que podía hacerlo, por ser Dios-, sino que, llevado de su misericordia y de su amor, nos ha entregado al Hijo de sus entrañas, a su Hijo amado. “El Verbo de Dios se encarnó” (Jn.1,14), se hizo hombre, en las entrañas

virginales de Santa María por obra y gracia del Espíritu Santo. Ciertamente como dice san Pablo “cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Gal.4,4). La salvación de Dios se ha hecho historia y carne nuestra.

Jesús es el Salvador de la humanidad.

Jesús es el Mesías.

Tenemos la salvación en Jesús de Nazaret (Hech.4,12)

Realmente “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...) Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22).

Andamos tantas veces buscando nuestra identidad...Y olvidamos que sólo Jesucristo nos dice y revela de verdad quiénes somos, de dónde venimos, cuál es el sentido de nuestra vida, hacia dónde nos encaminamos y cuál es el final de nuestra vida... Dios es el origen fundante del hombre, la razón y el fundamento de nuestro existir y el regazo “paterno – materno” hacia el que nos encaminamos....

¿De qué nos salva Jesús?

Nos dice la Escritura que Dios envió a su Hijo al mundo para rescatarnos de la ley (Gál.4,5), del pecado (Rm.3,24-25) y de la muerte (Jn.11,25-26). Estábamos abocados a la ruina total. Ciertamente, Jesucristo nos liberado por su muerte y resurrección de estas esclavitudes de las que no podíamos liberarnos con nuestras propias fuerzas

El Concilio Vaticano II nos ofrece unas enseñanzas que os invito encarecidamente a leer sin prisas y a meditar con tranquilidad. Estoy seguro que nos darán mucha paz y serenidad ahora y siempre y, de manera especial, cuando Dios nos llame de este mundo, en la hora de nuestra muerte:

* “En Cristo, Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol san Pablo: el Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2,20).

* Cristo “padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido (...)

* “Por medio del Espíritu, se restaura internamente todo el hombre, hasta que llegue la redención del cuerpo (Rm.8,32).

* “Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó nuestra muerte y nos dio la vida para que, hijos en Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22).

Con K.Rahner decimos: Cristo es “la presencia real en la historia del triunfo escatológico de la misericordia de Dios (...) En la encarnación Dios abrazó el mundo radical y definitivamente en su misericordia. Con la Encarnación queda ya toda la redención formalmente predefinida, si bien todavía debe llevarse a cabo mediante el sufrimiento de la muerte precisamente porque el Verbo asumió la carne del pecado” (La

Iglesia y los sacramentos, pp.14-15). Jesucristo es, por tanto, la presencia visible, histórica y tangible del amor y de la misericordia, de la gracia y del perdón de Dios para toda la humanidad.

2.3.- La salvación de Cristo nos llega a través de la Iglesia “sacramento universal de salvación” (AG 1).

¿Cómo llega a nosotros la salvación que está en Cristo; la salvación que es Cristo? Esta es la pregunta que muchos se hacen hoy: ¿Cómo puedo yo recibir la salvación de Cristo si yo vivo dos mis años después de Él?

La Iglesia es la prolongación sacramental de Cristo.

La Iglesia es la continuadora de la obra salvadora de Cristo.

K. Rahner escribe a este respecto unas palabras que son respuesta teológica a nuestros interrogantes y que les invito a meditar y actuar en consecuencia:

“La Iglesia es la continuación, la permanencia actual de esta presencia real, escatológica de la victoriosa voluntad gratuita de Dios, inserta definitivamente con Cristo en el mundo.

“Cristo permanece en la Iglesia, que es su Cuerpo y su Esposa.

“Esta permanencia de Cristo en la Iglesia es el signo de que Dios con su amor misericordioso se identifica con el mundo en Cristo” (Ib. p.19).

“La Iglesia es la presencia oficial de la gracia de Cristo en la historia pública de la humanidad una” (Ibid. p.20).

Contemplemos con fe a la Iglesia que no es una mera institución religiosa..., sino que es sacramento –signo e instrumento– de Jesucristo salvador nuestro.

Acerquémonos con profundo amor a la Iglesia que es nuestra madre y maestra.

2.4.- Tomar conciencia de la necesidad de ser salvados por Dios

El hombre de nuestros días cree que él solo puede salvarse a sí mismo y, en consecuencia, que no tiene necesidad de ser salvado por nadie. Este es un problema de grandes proporciones. “El drama del siglo XX es que el hombre ha perdido la conciencia de pecado”. Y así seguimos en este siglo XXI.

Hago una llamada fraterna a todos, invitándoles a ser sinceros con Dios y sinceros con nosotros mismos. Desde estas claves podemos adentrarnos en nosotros mismos y descubrir nuestras inmensas necesidades que no podemos satisfacer con nuestras propias fuerzas de ninguna manera. Desde tu propia experiencia, te descubrirás y te verás con unas limitaciones que no puedes superar...

Déjate iluminar y guiar por la Palabra de Dios que hemos proclamado en este domingo y descubrirás tu pecado como David que dijo: “Yo reconozco mi culpa y mi pecado”. Y encontró el perdón de Dios.

Y verás que sólo Jesucristo puede liberarte del pecado, de la muerte....

2.5.- Por la fe y los sacramentos

Recibimos el perdón de nuestros pecados y la gracia de la salvación por la fe y los sacramentos.

Dios nos impone sus dones al hombre.

Cristo nos invita siempre a recibir la salvación respetando siempre nuestra libertad: “si quieres...”.

La Iglesia nos llama, nos invita, nos urge...pero siempre respetando nuestra decisión que se traduce y se hace visible en la fe y en la recepción de los sacramentos....

K.Rahner escribe en esta misma dirección: “El sacramento es un grado supremo de actualidad del ser de la Iglesia en cuanto presencia salvífica de la gracia de Cristo para los individuos” (Ibid. p.25).

3.- De la Palabra proclamada a la Eucaristía

La Palabra nos lleva al sacramento. Lo que la Palabra de Dios nos ha transmitido, lo encontramos realizado en la Eucaristía. Por eso no debemos prescindir de la Palabra ni de la Eucaristía. Cristo Salvador está presente en la Eucaristía. Acojámoslo en lo más profundo de nuestro ser y de nuestra vida.

4.- De la Eucaristía a la Misión

Nosotros no somos los salvadores. Como Iglesia, sí somos signos de Jesucristo, el Salvador de la humanidad. Por eso, que nunca el Señor Jesús se entristezca porque no somos signos claros y transparentes de Él y de su salvación.

Ante el problema del hambre...

Ante el problema de las necesidades de tantas familias...

Ante el problema de tantos niños que se mueren de hambre y de sed...

Ante tantas personas que sufren las consecuencias de la violencia...

Ante tantos enfermos, desvalidos, sufrientes...

La Iglesia, los cristianos, cada uno de nosotros, no debemos permanecer indiferentes...Colaboremos todos para resolver estos problemas, para ayudar a los necesitados, para desvivirnos por los demás...

Terminamos. Unidos en la plegaria.

Cáceres, 7 de agosto de 2011

Florentino Muñoz Muñoz